

## EL CASTILLO

El título general de estas evocaciones algo sentimentales puede parecer pretencioso o equívoco, pero teoría, etimológicamente, significa visión o contemplación, que quiere comprender. Y a esto es a lo que aspiran estas líneas, nacidas bajo un pretexto festivo, pero que quisieran ser un poco más que puro ejercicio de la memoria e intentar explicar lo que es San Martín de Valdeiglesias, desde mi particular perspectiva sentimental.

En el San Martín que era y que, en parte, ya no existe sino en la memoria de los que lo vivimos, dos colosos sobresalían sobre el caserío y dominaban la visión cuando remontábamos la cuesta de la Barranca: la iglesia y el castillo. Ellos solos bastan para definir al pueblo.

El castillo tenía entonces la misteriosa dignidad de los sueños imposibles. Necesariamente había de encerrar algún misterioso y oculto secreto en su inmensa celda de piedra. A veces nos acercábamos en bicicleta, por el inexistente camino del olivar y desviándonos del camino de la vía, hasta sus tapias. Alguno presumía de haberlo visitado. Uno imaginaba que debía habitarlo algún poderoso señor o, quizá, alguna triste princesa cautiva. Pero nada podía ser convencional en el mundo fantástico de los sueños infantiles. Si es cierto que estamos hechos de la materia de nuestros sueños, entre los sueños de mi infancia estival destaca, colosal, silencioso, enigmático, altivo, nunca del todo conocido, el castillo de San Martín, vestigio de la España guerrera e itinerante, guardián de la libertad, testigo del sueño de muchas tardes de verano.

Si San Martín de Valdeiglesias sobresalía entre los pueblos vecinos era, quizá sobre todo, por su espléndido castillo, además magníficamente conservado. Había que viajar hasta Escalona para poder encontrar algo parecido. Como nos recuerda Lorenzo Gómez Gómez, en su documentado libro *San Martín de Valdeiglesias en el Descubrimiento de América*, la construcción del castillo de la Coracera data de principios del siglo XV y su primer dueño, dueño y señor también de la Villa, fue Don Álvaro de Luna, condestable de Castilla y favorito del Rey Don Juan II. De su silueta sobresale la imponente torre del homenaje.

No es poco lo que podemos aprender de los castillos. El filósofo Ortega y Gasset, gran aficionado a recorrer los viejos caminos de Castilla, escribió estas palabras: «Es un fértil experimento este que hacemos de someter la química de nuestra alma al reactivo de los castillos. Sin premeditarlo nos da un precipitado que es la ley del espíritu europeo». Nada menos que eso nos revelan esas moles de piedra que a veces más parecen capricho de la geología que obra del artificio humano.

Lo primero que nos asombra e inquieta en la contemplación de los castillos es imaginarnos cómo sería la vida que en ellos se albergaba. Esa visión nos habla de rudeza, pero también de disciplina y de amor a la

libertad, nos habla de guerra cotidiana, de espíritu guerrero, de la vida como beligerancia y como esfuerzo, en suma, de la vida noble. También nos habla de amor: «*Ya estoy, amor, desvelado/ De velar en las almenas*» (Lope de Vega). Según Ortega, los castillos, que representan lo no moderno en su forma absoluta, nos envían ideas. En ellos se gestó la libertad moderna, pues los castillos representan el derecho de los nobles frente al poder real. Con ellos surge la idea del derecho como resistencia frente al poder, como límites o barreras que el poder real no puede traspasar. «*Sus torres están labradas para defender a la persona contra el Estado*». Por eso, concluye el pensador español que «el liberalismo es el fruto que, sobre los alcores, dieron los castillos».

Castillos hay en muchos lugares, pero sólo Castilla adoptó de ellos su nombre. Castilla es tierra de castillos. No es posible caminar por los viejos y polvorientos caminos de Castilla, corazón de España, sin encontrarnos con su tremendo gesto retador y alucinante. El castillo español, como escribió Díez del Corral, no reposa en la tierra sino que se levanta, desafiante, sobre ella. Son formidables ensayos de perduración, intentos de triunfar sobre la radical fragilidad de la vida.

Nos hablan también de la gran empesa bélica en la que se forjó el ser de España, pues lo que hoy es el centro fue tierra fronteriza, tierra de conquista. España se desarrolla al ritmo de sus castillos y sus iglesias. No comprende ni ama a España quien no se sobrecega al contemplar la mole heroica de sus castillos.

Hegel, el gran filósofo alemán escribió: «*España y Portugal tuvieron el noble espíritu de la caballería, de una caballería conquistadora. Mas esta caballería salió, hacia América y África, en lugar de volverse sobre sí, en su intimidad. Los españoles son el pueblo del*

*honor, de la dignidad personal individual y, por lo tanto, de la gravedad individual*». Mas añade: «Pero ese sentimiento no ha impregnado debidamente la vida social, infiltrándose en la actitud de las clases, de las profesiones, de la vida política».

El filósofo Nietzsche, sumido ya en las tinieblas de la locura, como oyera a unos visitantes que hablaban con su hermana de España, levantó los ojos del piano en el que improvisaba y exclamó: «*¡Los españoles, esos quisieron ser demasiado!*» No queramos hoy ser demasiado poco.

Como vemos, no es pequeña la función pedagógica de los castillos. Estas son las reflexiones que me han surgido del recuerdo del centenario castillo de San Martín, viejo compañero de juegos infantiles.

Ignacio SÁNCHEZ CÁMARA

